

MIGUEL DELIBES: EL NOMBRE EXACTO DE LAS COSAS

PILAR FERNÁNDEZ MARTÍNEZ¹

1. INTRODUCCIÓN

El 17 de octubre de 2020 se celebraban cien años del nacimiento de Miguel Delibes. Una efeméride que transcurrió, quizá, como su vida: con importantes y valiosísimos eventos, pero con la sencillez y recogimiento que imponía una España que apenas se recuperaba de una pandemia mundial.

No obstante, a pesar de las circunstancias poco favorables, las obras del autor vallisoletano volvieron a ser objeto de estudio, desde el punto de vista literario –como no podía ser de otro modo– y también desde el punto de vista lingüístico, perspectiva que sigo en el presente trabajo.

Desde los años sesenta del pasado siglo, años en los que irrumpió con fuerza la Pragmática, los lingüistas se centraron en el estudio de los enunciados, dando paso a la llamada Lingüística Textual y aunando esta con las metodologías propias del Análisis del Discurso.

Decía Pedro Santander que el Análisis del Discurso se ha consolidado como una «útil y recurrida herramienta de análisis, con potencial heurístico importante» (Santander 2011: 207). Los textos narrativos de Miguel Delibes constituyen un magnífico ejemplo de lo que Noemí Domínguez García denomina «polifonía discursiva» (Domínguez García 2013: 108), y es obvio que ofrecen enormes posibilidades para abordarlos desde esta perspectiva lingüística.

Desde dicha perspectiva, lo que más caracteriza los textos de Delibes es un léxico de extraordinaria riqueza y precisión, léxico estudiado en las últimas décadas por diferentes investigadores, que han puesto de manifiesto cómo en la narrativa del escritor vallisoletano se da una perfecta

¹ ORCID: 0000-0002-7436-0573.

adecuación del lenguaje a los personajes y al medio de que forman parte, de tal manera que se convierten en magnífico ejemplo de las diferentes variantes diatópicas, diafásicas y diastráticas que presenta nuestra lengua española.

En el presente trabajo mostraremos cómo se hacen presentes estas variantes en lo que fue su primera obra propiamente cinegética: *La caza de la perdiz roja*.

2. LA PRECISIÓN DENOMINATIVA EN LA PROSA DELIBESIANA

Volver a acercarnos a la narrativa de Miguel Delibes es volver a descubrir, una vez más, al hombre enamorado de Castilla, y adentrarnos de nuevo en la belleza de sus palabras.

Conocí a don Miguel cuando iniciaba mis pasos por la investigación lingüística. Él y mi maestro Manuel Alvar me enseñaron la importancia de la palabra bien dicha, y con ellos compartí la pasión por conocer el nombre exacto de las cosas. Esa pasión sigue latiendo en mí muchos años después, pues —como el poeta— estoy convencida de que las palabras son «seres con alma y espíritu», y que merece la pena «escarbar en sus entrañas» para descubrir «la unidad de sentido que constituye su verdadero ser» (Diego 1969: 40).

Delibes nombra, más que sugiere, y con esa precisión nominativa nos transporta a su mundo novelesco y de realidad. Cada frase dicha por los personajes de las obras de Delibes, o acaso por el propio escritor cuando se convierte en protagonista de sus relatos venatorios, conlleva una riqueza lingüística propia solo de los grandes escritores. Como Torrente Ballester señalaba, no es suficiente con decir que Delibes tiene un nombre para cada cosa. No es de los que dice *pájaro, hierba, bicho*, sino que llama a cada cosa por su nombre, y no al modo catalogador del naturalista, sino estéticamente inserto en un párrafo narrativo o descriptivo (Torrente Ballester 1986).

Delibes sabe nombrar, sabe que cada significante se une a un significado particular que el hablante debe respetar si no queremos caer en una terrible manipulación, y sabe que nada hay más bello que el nombre preciso, sin retóricas o engalanamientos. A raíz del premio Nadal, él decide escribir «como habla» y «despojarse de lo postizo para «salir a cuerpo limpio» (Alonso de los Ríos 1971: 137). Y ahí está la sorprendente captación de vocabulario por parte de Delibes y el admirable dominio de los

distintos registros idiomáticos: en sus novelas se mezcla el habla urbana, el vulgarismo, el término culto, el habla rural, los dialectalismos... Conoce perfectamente todos los registros de este maravilloso instrumento que se nos ha dado y lo pone adecuadamente en boca de sus personajes. Los tres famosos ingredientes sobre los que se asienta su novela: «un hombre, un paisaje y una pasión», se aúnan en la trayectoria novelística de Miguel Delibes gracias al empleo perfecto del lenguaje. Todos los personajes delibesianos transmiten su grandeza a través del uso apropiado de sus palabras, pero hay uno que llama nuestra atención y que engloba, aún más si cabe que los demás, esa trilogía «hombre-paisaje-pasión». Me refiero al cazador, al hombre rural, al hombre de esa Castilla olvidada y denunciada por Delibes, al hombre del campo que sabe que la *ganga*, a la que muchos llaman *chorla*, no es lo mismo que la *ortega*; al hombre que, por estar unido a su tierra, entiende y vive esta como una pasión. Decía Delibes: «para mí, la novela es el hombre, y el hombre en sus reacciones auténticas, espontáneas, sin mixtificar, no se da ya, a estas alturas de la civilización, más que en el pueblo» (Delibes 1963: 8).

Estas palabras, dichas hace más de cincuenta años, cobran vida en la actualidad. Porque cuando Delibes nos describe su Castilla rural no lo hace, pese a lo que pudiera parecer, con rasgos localistas que constriñan su mundo a un tiempo y a un espacio concreto. Muy al contrario, la Castilla descrita por don Miguel es la Castilla vaciada de este casi primer cuarto del siglo XXI. Sus hombres son –como decía el poeta Muñoz Rojas– hombres «hechos al polvo y a la pena [...] uncidos a la tierra, nobles hombres del campo, en el olvido y en la desesperanza» (Muñoz Rojas 2007: 69-70). Hombres que pelean con la tierra que aman por conseguir sus frutos, hombres que caminan por tesos, bogales y cabones, bajo la fría cencella del amanecer o acostados a la abrigada de los zahurdones...

Y esos hombres, esa tierra, ese tiempo descrito por Delibes se hacen hoy presente.

La narrativa de Delibes es un viaje en el tiempo, aunque parezca todo lo contrario. Parece que no hay viaje (casi siempre nos encontramos en el mismo territorio, en Castilla y León) y parece que no hay tiempo, ya que Delibes nos sitúa en la Castilla y León de mediados del siglo XX. Y, sin embargo, a pesar de que el tiempo es casi siempre el presente, surgen, como de una profunda sima, voces del pasado, voces diferentes a la realidad inmediata que nos está contando, voces de ayer que se encarnan en los campesinos castellanos de hoy (Buckley 2012: 257).

Y son esas voces, esas palabras, a las que hoy, una vez más, quiero acercarme. Voces que enriquecen nuestra lengua, por más que seamos conscientes de que se van perdiendo por algún recodo del idioma.

Decía Álex Grijelmo que «en el lenguaje rural seduce la precisión, [...] seducen las palabras certeras incluso aunque no se domine su significado» (Grijelmo 2002: 262).

Cada frase dicha por Lorenzo (*Diario de un cazador*), o por Juan Gualberto (*La caza de la perdiz roja*), o acaso por el propio Delibes, que se convierte en protagonista de sus relatos venatorios, conlleva una riqueza lingüística propia solo de los grandes escritores. En el léxico del novelista vallisoletano no existe el hiperónimo, la generalización o la vaguedad denominativa. Para él no hay pájaros, sino *verderones* o *serines*, sabe que cada ave o cada planta recibe un nombre, o quizá más (ahí están las variantes dialectales), sabe que el cazador cuando está en el campo no «almuerza» sino que *echa un cacho* o *toma un taco*.

En mis novelas y relatos sobre Castilla, lo único que pretendo es llamar a las cosas por su nombre y saber el nombre de las cosas. Los que suelen acusarme de que hay un exceso de literatura en mis novelas se equivocan, y es que rara vez se han acercado a los pueblos. [...] la propiedad con que definen sus problemas o la topografía que les circunda es inusual, infrecuente. Este lenguaje rural –porque no tiene que ver con el popular– sigue aún llamándome la atención. Cuando yo escribo en mis libros aquel cabezo o aquel cotarro no significan la misma cosa. Esto lo saben los hombres de pueblo, pero no lo suelen saber los hombres de la ciudad [...]. Esto puede ser preciosismo, pero es exactitud (Alonso de los Ríos 1971: 188).

Delibes conoce y ama su lengua, escucha a sus gentes, y nos lo devuelve en materia novelada.

Afirmaba Grijelmo que el lenguaje rural seduce, aunque no se domine su significado, y, aunque esta afirmación no puedo rebatirla, sí debo al menos matizarla, ya que para el lexicógrafo esto no es suficiente. Escribía mi maestro que cuando nos acercamos a la narrativa de Miguel Delibes «el lexicógrafo se convierte en cazador» y que «cada página de Delibes es como un apostadero por el que la pasa de mil aves nunca se termina» (Alvar 1987: 46).

Y así es. Página a página, descubrimos la infinita riqueza de nuestra lengua española: porque si el lenguaje rural seduce, qué decir cuando este se imbrica con el lenguaje venatorio.

De todos es conocida la pasión que el escritor tuvo por la caza, pasión que no solo se hace palpable en sus relatos cinegéticos, sino que de una manera u otra se hace presente en su producción novelística: unas veces dando vida a personajes vivificados por la misma afición a la caza, y concediendo por tanto un gran espacio en sus novelas a las escenas y aventuras cinegéticas, o sin la mediación de personajes en otras ocasiones, evocando su propia experiencia de cazador apasionado (Aparicio Nevado 2010).

Pasión que está en el origen y en el fin de la vida del escritor. Está en su niñez, cuando con diez años tuvo su primera escopeta y comenzó a acompañar a un padre cazador, y está en los últimos días de su vida cuando la enfermedad y los años le dieron unos pies cansados incapaces de recorrer caminos y laderas. Decía Delibes en una entrevista concedida a Tomás Val en octubre de 2007: «Hoy si no cazo es porque me faltan energías (el cansancio no se va nunca), pero si no escribo es porque no puedo concentrarme ni ordenar mi pensamiento» (Val 2007: 18).

Delibes, «el cazador que escribe», se siente libre cuando caza y es libre cuando escribe sobre caza. La fuerza y verdad de sus relatos y novelas nacen de esa unión entre pasión y palabra. Para el novelista, «el hombre cazador, como el taurino, dispone de su propia jerga dentro de la jerga popular; esto es, el ser hombre del pueblo ya imprime a la expresión unos giros y unos timitos típicos, pero si al hecho de ser popular se agrega la cualidad de ser cazador, entonces el lenguaje adquiere un último matiz por demás sabroso» (Delibes 2008: 13).

En las siguientes páginas quiero acercarme a ese lenguaje «por demás sabroso» analizando la que fue su primera obra propiamente venatoria²: *La caza de la perdiz roja*³, obrita que salió a la luz en el año 1963, en una cuidada y exquisita edición realizada en la editorial Lumen con fotos de Oriol Maspons⁴. En ella, Juan Gualberto, el Barbas, dialoga con Miguel Delibes –el Cazador– sobre las aves, el campo, la caza..., y en sus palabras nos alertan del peligro que supone romper con el equilibrio que la naturaleza nos regala. Y todo ello envuelto en el significativo preciso, ofreciéndonos siempre el «nombre exacto de las cosas».

² Me refiero a relatos venatorios en sí mismos, pues ya en 1955 se había publicado su novela *Diario de un cazador*.

³ El sintagma *perdiz roja* –a pesar de ser la perdiz común en España– no aparece recogido en ninguna edición del DLE.

⁴ Seis años después esta obra se incluyó en su libro *Viejas historias de Castilla la Vieja* (Alianza Editorial).

3. EL LÉXICO DIFERENCIAL EN *LA CAZA DE LA PERDIZ ROJA*

Cuando el lector se acerca a las páginas de *La caza de la perdiz roja*, siente, desde los primeros renglones, que se encuentra ante una lección de buen hablar: porque «los personajes de Delibes hablan como saben, no como les imponen. Ahí están los registros tan diferentes» (Alvar 1983: 301-302). Sí, ahí está el registro de Juan Gualberto, el Barbas, el registro del hombre de campo que no conoce otra realidad diferente:

El Juan Gualberto consiguió su primera escopeta cuando era aún un rapaz. Se la cambió al Cirilo, el Sacristán, por un reloj de bolsillo que se paraba cada dos horas. A los veinte minutos del trueque, el Juan Gualberto, que era aún un rapaz, se llegó donde el Cirilo y le dijo para cubrirse: «Cirilo, para que no me viera mi madre con la escopeta la tiré por encima las bardas⁵ del corral y con el golpe se ha marrotado⁶ toda» (Delibes 1963: 15).

Y ahí está el registro del hombre culto, el escritor –Miguel Delibes–, convertido en el personaje del Cazador, y que le habla de José Ortega y Gasset y de su concepto sobre el hombre cazador:

–¿Sabe usted, Barbas, lo que decía don José Ortega y Gasset sobre lo que el cazador siente en el momento de disparar?

El Juan Gualberto se atusa las barbas complacidamente:

– Ese don José –dice– ¿era una buena escopeta?

– Era una buena pluma.

– ¡Bah! (Delibes 1963: 8).

Pero el Cazador y el Barbas se entienden porque, aun con distintos registros, comparten una misma pasión y una misma lengua. Delibes sabe que en la cuadrilla no solo se comparten emociones, se comparten códigos y se comparte comunicación; en definitiva, se comparte una lengua: se comparte la lengua de la caza.

Los lexicógrafos llamamos a esta lengua, una lengua de grupo, una lengua sectorial. Y sabemos que para acercarnos a su estudio debemos seguir

⁵ *Barda*: «2. f. Cubierta de sarmientos, paja, espinos o broza, que se pone, asegurada con tierra o piedras, sobre las tapias de los corrales, huertas y heredades, para su resguardo» (DLE 2014).

⁶ *Marrotar*: «Estropear, destrozar, desbaratar». Es un verbo que se utiliza pronominalmente (López Gutiérrez 2013: 151).

la metodología propia de la Lexicografía, como disciplina entroncada en la Lingüística Aplicada, combinando análisis cuantitativos y cualitativos. La Teoría Comunicativa de la Terminología desarrollada por Cabré (1999) muestra que el valor concreto de un término se da cuando este pasa a formar parte de un discurso específico, es decir, cuando pasa a formar parte de un discurso que se produce en una situación y contexto determinados. Ese discurso específico es el que se produce en la obra cinegética del autor vallisoletano. Por eso, vamos a desentrañar ese maravilloso diálogo que se establece entre el Cazador y el Barbas, para rastrear las voces propias de este fascinante fasolecto y poder ofrecer al final de estas páginas una muestra del *léxico diferencial* o *específico* de dicha lengua (Alvar Ezquerro 1996-1997, 2000).

Abrimos las primeras páginas y leemos⁷:

El Juan Gualberto es taimado y sentencioso. Lo era ya veinte años arriba, a raíz de cumplir los cincuenta. El buen **perdicero**, el perdicero en solitario, reserva la premura para una necesidad. Verbigracia: cuando el bando **apeona** hacia la ladera y es preciso sorprenderle a la **asomada**. Por lo demás, el Juan Gualberto, el Barbas, es cauto y cogitabundo, gusta de llamar al pan, pan y al vino, vino:

– Por esa regla de tres lo mismo podía decirle usted roja a la chova⁸ de campanario.

– Lo mismo.

Pero el Cazador, que conoce la **perdiz pardilla**, la **perdiz andina** y la **perdiz nórdica**, sabe que ninguna como la **patirroja**:

– Mire usted, Barbas, para **bajar** una pardilla o una **perdiz cordillerana** basta con reportarse» (Delibes 1963: 2).

Vamos al diccionario y comprobamos la particularidad de las voces utilizadas. *perdicero*, *apeonar*, *asomada*, *perdiz pardilla*, *perdiz andina*, *perdiz nórdica*, *patirroja*, *bajar*, *perdiz cordillerana*. Porque *perdicero*, *perdiz andina*, *perdiz nórdica* y *patirroja* son lemas que nunca tuvieron entrada en ningún diccionario académico.

Las fuentes bibliográficas consultadas (véanse las referencias bibliográficas) nos descubren que el *perdicero* es «el cazador de perdices» y que tam-

⁷ Al reproducir los textos de Miguel Delibes, nos ha parecido oportuno marcar en negrita las palabras que serán objeto de estudio.

⁸ *Chova*: «1. f. Ave de la familia de los córvidos, de plumaje negro lustroso y patas rojas, de la que existen varias especies» (DLE 2014).

bién recibe el nombre de *cuclillero*, es decir, el cazador de perdiz en puesto y con reclamo vivo⁹. Y que *patirroja* es el «nombre que se da a la perdiz común o roja a causa del color rojo de sus patas».

La *perdiz andina* –nos precisaba el escritor¹⁰– es la «perdiz cordillerana» y la *perdiz nórdica* es «la perdiz del norte de Europa. Es más pequeña que nuestra perdiz y su pico y patas no son de color rojo. También divaga en bandos. En España no es frecuente, encontrándose solo en el norte y en alturas de 2500 metros o más».

La RAE sí estudia el significado de *apeonar* –«Dicho generalmente de un ave, y especialmente de una perdiz: Andar a pie y aceleradamente»–, de *perdiz pardilla* –«Ave gallinácea, de unos 30 cm de longitud, muy parecida a la perdiz común, pero con el pico y las patas de color gris verdoso...»– y de *perdiz cordillerana*¹¹ –«Especie de perdiz muy distinta de la europea, más pequeña, de alas puntiagudas y tarsos robustos y reticulares por delante, que habita en lo alto de la cordillera de los Andes»–.

Y, aunque también entre los lemas recogidos por el *Diccionario de la lengua española* (DLE) se hallan las voces *bajar* y *asomada*, comprobamos que nada tienen que ver los significados que allí se ofrecen con el verdadero sentido de estas voces en nuestra lengua sectorial.

Bajar en la lengua de los cazadores es «abatir, derribar, hacer caer a tierra las aves». El *Diccionario histórico de la lengua española* (1960-1996) sí se hizo eco de este significado, en la 16.^a acepción –«Matar a una persona o animal»– y, citaba, entre otros, un pasaje de *Diario de un cazador* de Miguel Delibes; sin embargo, este valor no ha sido tenido en cuenta por los diccionarios usuales ni manuales de la Real Academia Española.

Tampoco hallamos el valor venatorio del término *asomada*, que es «el sistema de caza que consiste en asomarse lentamente, o de improviso, para sorprender a la pieza, cosa que solo puede llevarse a efecto en terreno quebrado».

Seguimos avanzando en la lectura y nuestros ojos vuelven a deleitarse con la descripción del Barbas y su conversación con el Cazador:

⁹ Delibes usa la voz *perdicero* para referirse a todo cazador de perdices y no solo a los que usan el reclamo.

¹⁰ Miguel Delibes nos desentrañó el verdadero significado de muchas voces, y matizó, también en muchos casos, el valor de otras. Sirvan como ejemplo el caso de términos como *abanderado*, *banderín*, *barrera*, *cazar a rabo*, *perdiz andina* o *perdiz nórdica*.

¹¹ El DLE considera este término propio de Chile.

El Barbas, para acular mejor la escopeta, saca el brazo derecho fuera de la americana. Su hombro izquierdo está **tazado**, deshilachado por el tirón del morral. El Juan Gualberto, el Barbas, lleva más de cincuenta años en el oficio y conoce el ganado y sus **trochas** y sus **querencias**. Cuando **echa un cacho** en el campo se coloca en el cruce de dos caminos, al amparo de un **carrasco**, porque la liebre, como es sabido, busca el **perdedero** por las veredas:

- La caza no avisa.
- No avisa, no, señor.
- Ya conoce usted el refrán: al cazador, leña, al leñador, caza.
- Así es (Delibes 1963: 2-3).

Y, de nuevo, nos sorprende la palabra precisa: *tazar*, *trochas*, *querencias*, *perdedero*, *carrasco*, *echar un cacho*... El DLE nos explica que *tazar* es un verbo que tiene el significado de «estropear la ropa con el uso, principalmente a causa del roce, por los dobleces y bajos»; las *trochas* son las «veredas o caminos angostos y excusados, o que sirven de atajo para ir a una parte» y también «los caminos abiertos en la maleza» (DLE, 1.^a y 2.^a aceps.); la *querencia* es la «inclinación o tendencia de las personas y de ciertos animales a volver al sitio en que se han criado o tienen costumbre de acudir» y «el sitio hacia el que se tiene querencia» (DLE, 2.^a y 3.^a aceps.); el *perdedero* es el «lugar por donde se zafa la liebre perseguida» (DLE, 2.^a acep.); y el *carrasco* es lo mismo que la *carrasca*: «una encina pequeña», aunque en tierras castellanas también recibe este nombre «la mata de roble ramosa y baja» (Hernández Alonso 2001: 156).

Y ¿ *echar un cacho*? La consulta al diccionario no nos sirve, pues la locución es propia de la lengua cinegética. *Echar un cacho* es «entre los cazadores: tomar un bocado o un trago».

Y seguimos observando a Juan Gualberto, que «a menudo se queda como pensativo, la colilla perdida entre los pelos de la cara, la frente fruncida noblemente bajo la boina pringosa» (Delibes 1963: 4), quien sigue charlando con el Cazador, con ese hombre culto que le habla de Ortega y de lo que el filósofo entendía sobre la caza... aunque, ya se sabe, para el Barbas: ¡Ortega no era una buena escopeta, solo una buena pluma...! Y entre todos se empeñan en descubrir qué fuerza incontrolable palpita en el hombre cazador.

Porque en la pasión en torno a la caza subyace un algo misterioso y arcano que el filósofo trataba de desentrañar aludiendo al placer que supone para el hombre volver a un estado primitivo, sintiéndose uno con la naturaleza; un sentimiento inexorable –como nos dice el Cazador– una fuerza

que provoca que no haya frío ni cansancio ante una «perdiz que apeona surco arriba o en raudo vuelo hacia el monte...» (Delibes 1963: 8), un sentimiento que –para el Barbas– «tira de uno más fuerte que las mujeres».

Y, si bien el escritor y el filósofo persisten en digresiones que lo explique, para Juan Gualberto la cosa es clara: «– Desengáñese, jefe [...]. Esto de la caza nace con uno, se mama. Todo lo demás son cuentos» (Delibes 1963: 6).

El Barbas y el Cazador saben que en los caminos venatorios el compañero inseparable es el perro, por más que el Cazador prefiera un perdiguero de Burgos, y Sultán –el perro del Barbas– sea un perro viejo y desdentado como su amo, cruce de una loba y un perro pastor: «Pero aún rastrea y se **pica** y, si la pieza aguarda, hasta hace una **muestra** tosca y desangelada [...]. Y si la liebre se **arranca**, ladra y alborota como un podenco» (Delibes 1963: 3).

Volvemos a pararnos en las palabras escritas por Don Miguel: *picarse*, *muestra*, *arrancarse*, y comprobamos que solo una –*muestra*– es estudiada por el DLE, marcando su valor cinegético. En las otras, a pesar de tener entrada en el diccionario, no se recogen sus valores venatorios.

Muestra: «*Cineg.* Detención que hace el perro en acecho de la caza para levantarla a su tiempo» (DLE, 13.^a acep.).

Picarse es un verbo pronominal: «Dicho del perro de caza: Calentarse, indicar que ha notado algún rastro».

Arrancarse es el «Acto de salir una pieza de caza del sitio en que está: la liebre y el conejo de sus camas, la perdiz al salir volando, y las reses de sus encames».

Y el Cazador y Juan Gualberto siguen sin ponerse de acuerdo con el tema del perro:

El Juan Gualberto, el Barbas, para todo encuentra salida y si el Cazador le dice que su perro es viejo, ya se sabe, replicará que los años dan experiencia. Y si el Cazador le dice que nada para Castilla como un **perdiguero de Burgos**, dirá que los perros de raza son como esos señoritos de **escopeta repetidora** y botas de media caña que luego no pegan a un cura en un montón de nieve. Y si el Cazador le dice que su perro ha perdido los **vientos**, le saldrá con que los vientos únicamente sirven para enloquecer a los perros y **levantar** las perdices en el quinto pino (Delibes 1963: 4).

Acudimos una vez más al DLE, y comprobamos que *viento* y *levantar* pueden tener valores diferentes en el ámbito cinegético (por más que el DLE no lo contemple como algo específico de esta lengua):

Viento: «Olor que como rastro dejan las piezas de caza» (DLE, s.v. viento¹, 2.^a acep.) y «Olfato de ciertos animales» (DLE, s.v. viento¹, 3.^a acep.).

Levantar: «Mover, ahuyentar, hacer que salte la caza del sitio en que estaba. U. t. c. prnl.» (DLE, 13.^a acep.).

Pero ni *perdiguero de Burgos*, ni *escopeta repetidora* tienen entrada en los repertorios lexicográficos de la Academia:

El *perdiguero de Burgos* es «un perro de talla grande –puede pesar hasta 30 kilos–, aspecto general fuerte y robusto. El pelo es corto y el manto a dos colores, predominando el blanco o el marrón. El morro es siempre marrón, nunca negro. La cabeza es grande, aplastada por los lados y poco desarrollada en el occipital; sus orejas son anchas, largas y caídas, pero algo separadas de la cabeza. Su cola está baja si se halla en reposo, y se mueve horizontalmente durante la caza».

La *escopeta repetidora* es la «escopeta de caza que funciona automáticamente».

El Cazador y Juan Gualberto, que no coinciden en cuál es el mejor perro, ni en lo que hace especial la esencia de la caza, sí lo harán cuando describan su sentimiento en el momento de abatir la pieza de caza:

–Tanto le digo del hambre, el frío o el dolor de pies. ¿Es que le duelen a usted los pies, jefe, cuando se le arranca una perdiz bien recia de entre unas **escobas**?

– No, señor, no duelen.

– ¿Y siente frío entonces?

– No, Barbas.

– ¿Y siente hambre?

– Tampoco.

El Barbas levanta el dedo índice a la altura de su boina:

– Por eso– dice.

El Juan Gualberto, el Barbas, tiende la noble, profunda mirada sobre la **nava** apuntada de cereales. Del otro lado, se encadenan los **tesos**, blancos y desgarnecidos, como una muralla (Delibes 1963: 7).

Y en las palabras de Delibes hallamos no solo el sentimiento del cazador, sino también la descripción de nuestra tierra castellana: *escobas*, *tesos* y *navas*.

La *escoba* es una «retama»: «Mata de la familia de las papilionáceas, de dos a cuatro metros de altura [...]» (DLE 2014), pero en Castilla, la *escoba* es «una mata leñosa de unos dos metros de altura, cuyas flores son amarillas o blancas» (Hernández Alonso 2001: 175).

El *teso* es en el español estándar una «colina baja que tiene alguna extensión llana en la cima» (DLE 2014), y en tierras castellanas recibe también los nombres de *cotarro* o *cotarra*. También se llama *teso* a la «cima de un cerro» y es el nombre que reciben los cerros en Salamanca y Valladolid (Alvar 1999: I, 218).

La *nava* es la «tierra sin árboles y llana, a veces pantanosa, situada generalmente entre montañas» (DLE 2014).

El Barbas y Delibes saben que la manera de cazar está cambiando, que un progreso mal entendido está variando el curso de la naturaleza (¡lo sabían en la década de los sesenta!) y en su conversación nos advierten sobre ello:

Allá por el año 20, el Juan Gualberto era un hombre libre, tras un animal libre, sobre una tierra libre [...].

– Antaño las perdices se cazaban con las piernas ¿es cierto esto, jefe, o no es cierto?

– Cierto, Barbas.

– [...].

– ¿Y sabe quién tuvo culpa de todo?

– ¿Quién, Barbas?

– Las máquinas.

– ¿Las máquinas?

– Atienda, jefe, las máquinas nos han acostumbrado a tener lo que queremos en el momento en que lo queremos.

– [...].

– Los hombres de hoy ni saben aguardar ni saben sudar, se lo digo yo. Por eso se inventaron el ojeo. Antes la perdiz se cazaba con las narices del perro y las piernas del cazador. Solo ahora se matan con escopeta. Pero yo digo, jefe, cuando el hombre tiene que esconderse para hacer una cosa, es que esa cosa que hace no está bien hecha (Delibes 1963: 14-16).

Porque el Barbas sabe que en el *ojeo* el cazador se esconde esperando que llegue su objetivo. Y que *aguardar* –cazar *al aguardo*¹²– se utiliza para designar «aquella caza que consiste en matar las piezas esperándolas en los sitios donde se supone que han de ir», por más que en el DLE no hallemos esta locución verbal¹³.

¹² Compárese con la locución verbal «cazar a la espera», locución que el DLE sí incluye entre sus voces (véase *espera*).

¹³ El DLE recoge el lema *aguardo* como sustantivo: «*Cineg.* Sitio desde el cual el cazador acecha la pieza para disparar sobre ella» (DLE 2014).

El *ojeo* es definido por el DLE como «acción y efecto de *ojear*» (DLE, 1.^a acep.), es decir, «ahuyentar la caza con voces, tiros, golpes o ruido, para que se levante, acosándola hasta que llega al sitio donde se le ha de tirar o coger con redes, lazos, etc.» (DLE, s.v. *ojear*², 1.^a acep.). Pero para el escritor vallisoletano, el ojeo tiene otras implicaciones, y al explicárnoslas nos vuelve a dar una lección de lengua:

En principio el ojeo requería para sus practicantes una holgura económica que hoy no es necesaria, al menos para su sucedáneo, el **ganchito**. Sin duda, el ojeo mediante una dilatada **cuadrilla** de **ojeadores**, con **banderolas**, **cuerno de avisos**, **pantallas**, **secretarios** y caballerías en los costados, continúa siendo un deporte aristocrático. Pero de hecho, el ojeo, en su versión popular, el ganchito, puede practicarse hoy con cuatro perras gordas; son suficientes cinco chavales –los primogénitos de las **escopetas**– para que el acoso de los pájaros hacia la línea de fuego se produzca. El caso es alterar la esencia misma de la caza y que en lugar de buscar la pieza con un gasto personal de energías, sea la pieza la que se desgaste buscándonos a nosotros, sus matadores. De este modo la caza se convierte en un deporte pasivo; en un ejercicio de tiro aséptico y sin sorpresa (Delibes 1963:17).

Para Delibes, el ojeo no es «caza-caza» porque no se produce esa lucha a cuerpo limpio entre animal y hombre. Ni tampoco es caza-caza su sucedáneo: el *ganchito*, ese «ojeo corto que se da en los montes en los que abunda la caza menor, especialmente los lepóridos»¹⁴.

Y en apenas unos renglones se vuelven a desgranar las palabras precisas para nombrar la actividad cinegética: *cuadrilla*, *ojeadores*, *banderolas*, *cuerno de avisos*, *pantallas*, *secretarios*, *escopetas*.

Y acudimos una vez más al DLE y descubrimos que las designaciones metonímicas para referirse a quienes participan dentro de la cuadrilla no han tenido igual suerte.

Hallamos en el diccionario académico: *cuadrilla* con el valor general de «grupo de personas reunidas para el desempeño de algunos oficios o para ciertos fines» (DLE, 1.^a acep.); *ojeador*, «hombre que ojea o espanta con voces la caza» (DLE, 1.^a acep.); *escopeta*, «persona que caza o tira con escopeta» (DLE, 2.^a acep.); y *secretario*, «ayudante del cazador que lo acompaña

¹⁴ Los cazadores dicen *cazar en ganchito* cuando una mano armada avanza sobre una línea, igualmente armada, que espera emboscada, como en batida. El DLE no recoge la acepción cinegética de *gancho/ganchito*.

sobre el terreno y realiza las tareas secundarias¹⁵». Pero ni *banderolas*, ni *cuerno de avisos* aparecen registrados. En el primer caso hallamos el lema, pero no el significado; en el segundo caso, la locución no está presente.

El *banderola* es el *abanderado*, «la persona que lleva el banderín en el ojeo. Los abanderados van en las puntas para poder ser vistos por las escopetas y los ojeadores».

El *cuerno de avisos* es el que lleva el cuerno («instrumento musical de viento») en la cacería¹⁶.

Tampoco la voz *pantalla* tiene su valor cinegético en el DLE. En la lengua venatoria, la pantalla es «la barrera o escondrijo detrás del cual se coloca el cazador para esperar la caza que viene ojeada».

Y el Barbas sigue insistiendo en que el hombre ya no tiene paciencia, y sin paciencia y sin esfuerzo no solo no hay cacería, sino que además las piezas se matan indiscriminadamente y esto, a la larga, puede tener repercusiones negativas para el campo:

– Y yo digo, si van con estas prisas ¿cómo coños van a tener paciencia para buscar la perdiz, **levantarla**, cansarla y matarla luego, después de comerse un **taco** tranquilamente a la **abrigada** charlando de esto y de lo otro? [...]

– Luego le vendrán a usted con que no se matan más perdices al ojeo que **cazando a rabo**. ¡Mentira podrida! Precisamente anteanoche, me leía don Ctesifonte, el Maestro, una entrevista con uno de esos señorones de postín, que se ufanaba de haber **cobrado** quinientas perdices en una sola cacería. ¿Cree usted que ese señor moviendo las pantorrillas y con el perro al lado puede hacer una carnicería semejante en una ladera que yo me sé? [...]

– Y lo que pasa [...] De que se abre la **veda**, se planta allí un autobús con treinta escopetas: veinte adelante y diez de **retranca** [...] Ojeo va, ojeo viene [...] ¿Qué cree usted que quedó allí al cabo de tres días? (Delibes 1963: 16-18).

Volvemos nuestros ojos a las palabras del hombre de campo y descubrimos más voces propias de esta lengua sectorial: *levantar*, *abrigada*, *cazar a rabo*, *cobrar*, *veda*, *retranca*.

En esta ocasión la consulta al DLE nos aclara el valor de la mayoría de los términos: *levantar* es «mover, ahuyentar, hacer que salte la caza

¹⁵ La acepción cinegética de este término aparece por primera vez recogida en el DLE (2014).

¹⁶ El DLE no recoge esta locución. Tan solo encontramos *cuerno de caza* definido como «trompa que se usa en las monterías».

del sitio en que estaba» (DLE, 13.^a acep.); *cobrar*¹⁷ es «obtener o recoger una pieza de caza abatida» (DLE, 9.^a acep.); *veda* es el «espacio de tiempo en que está vedado cazar o pescar» (DLE, s.v. *veda*¹, 2.^a acep.); y *retranca* es «en la batida, línea de puestos situada a espaldas de quienes baten» (DLE, 3.^a acep.).

Abrigada es el «abrigo», «el paraje defendido de los vientos», si bien el DLE solo recoge como sustantivo, y con este valor, el lema *abrigo*. Pero en Castilla este sustantivo es común, y lo son también sus variantes *abrigaño* y *carasol* (*caralsol* en la comarca burgalesa de la Ribera) (López Gutiérrez 2013: 38 y 79).

Cazar a rabo es una locución verbal que significa «cazar al salto, con perro». Miguel Delibes nos explicó que, por extensión, también se dice *cazar a rabo* «cuando van varios cazadores andando, no de ojeo». Esta expresión no es recogida por ningún diccionario académico.

El Barbas está preocupado ante la falta de la perdiz roja en los campos. Sabe que se están abriendo cotos para los extranjeros, y que, además, cada vez existen más personas que utilizan el reclamo en sus cacerías. Y aunque el cazador intente siempre aprovechar el momento propicio —«a veces unos minutos»— para «poblar la **percha** y llenar el zurrón» (Delibes 1963: 22), la perdiz cada vez escasea más: «A la vuelta de diez años no van a quedar aquí ni tampoco media docena de perdices resabiadas. Se lo dice el Juan Gualberto» (Delibes 1963: 23). Y al Barbas no le sirve de justificación lo que el escritor le argumenta «Perdone si le ofendo, jefe, pero a ustedes, los que escriben, siempre les gustó enredar las cosas» (Delibes 1963: 23). Sobre todo, cuando le cuenta que para Ortega la suprema razón que explica el hecho de que en el mundo se cace es que hay, y ha habido siempre, poca caza: «En cuanto al señor Ortega ese, si lo que le gusta es que haya poca caza que aguarde un poco» (Delibes 1963: 23).

La noche va cayendo, y en el silencio, El Barbas, escucha el «**co-re-ché**» (Delibes, 1963: 20) de un macho...

El Juan Gualberto se acoda enfurruñado en las rodillas [...]. Tras las colinas, allí donde se ha puesto el sol, el cielo toma un color encendido, rojo escarlata. Del tomillar llega otra vez la llamada del macho de perdiz. Por el cielo cruza, muy alto y bullicioso, un bando de **calandrias** que suben a acostarse entre los **rastrojos del páramo** [...].

¹⁷ Solo las voces *cobrar* y *retranca* son marcadas por el DLE como propias del lenguaje cinegético.

- ¿Quiere usted saber las perdices que se **apiolan** en este término con el **reclamo** de marzo a junio? [...]
- [...]. Y lo que yo me digo, eso del reclamo es como si a usted el día de la boda le aguarda el antiguo novio de su mujer con un trabuco detrás de la cortina. ¿Es eso caza, jefe? (Delibes 1963: 23-24).

El escritor, el Cazador, sabe que el Barbas tiene razón, que, si las condiciones no cambian, la perdiz española lo va a pasar muy mal. Máxime si **alaristas**, **lancheros** y **laceros** (Delibes 1963: 25) cuentan con la venia oficial, y los **furtivos** que cazan la perdiz en **veda** no son fuertemente perseguidos (Delibes 1963: 31).

Se podría argüir que los **cotos** ayudarán a frenar la desaparición de la perdiz, pero don Miguel insiste en que «el ideal cinegético es incontestablemente el ejercicio de la caza en libertad: hombre libre, sobre tierra libre, contra pieza libre» (Delibes 1963: 27), y nada puede ser comparable a la estupenda bravura de una **perdiz de ladera** (Delibes 1963: 30).

Detengámonos –una vez más– en las voces que se han ido desgranando en las reflexiones y preocupaciones del Barbas, del Cazador, de Miguel Delibes: *percha*, *co-re-ché*, *calandria*, *rastrero*, *páramo*, *apiolar*, *reclamo*, *alarista*, *lanchero*, *lacero*, *furtivo*, *coto*, *veda*, *perdiz de ladera*.

El DLE nos explica el significado de *calandria*: «Pájaro de la misma familia que la alondra, de dorso pardusco, vientre blanquecino, alas anchas, de unos 40 cm de envergadura y pico grande y grueso» (DLE, s.v. *calandria*¹, 1.ª acep.); de *apiolar*: «Atar un pie con el otro de un animal muerto en la caza, para colgarlo por ellos. Se emplea comúnmente hablando de los conejos, liebres, etc., y también de las aves cuando se enlazan de dos en dos pasándoles una pluma por las ventanas de las narices» (DLE, 2.ª acep.); de *reclamo*: «Ave amaestrada que se lleva a la caza para que con su canto atraiga a otras de su especie» e «Instrumento para llamar a las aves en la caza imitando su voz» (DLE, 1.ª y 3.ª aceps.); de *lacero*: «Cazador que se dedica a coger con lazos la caza menor, por lo común furtivamente» (DLE, 2.ª acep.); y de *veda*: «Espacio de tiempo en que está vedado cazar o pescar» (DLE, s.v. *veda*¹, 2.ª acep.). En cuanto al resto de las palabras, o no tienen recogido su valor cinegético, o ni siquiera tienen entrada en el DLE.

Percha tiene entrada en el diccionario académico y si bien se recoge uno de los valores cinegéticos que presenta esta palabra: «Especie de bandolera que usan los cazadores para colgar en ella las piezas que matan» (DLE, s.v. *percha*¹, 7.ª acep.), no ocurre lo mismo con la acepción

–común en la narrativa delibesiana– de «conjunto de animales después de cazados»¹⁸.

Lo mismo ocurre con el término *furtivo*: el DLE nos ofrece la siguiente definición: «Dicho de una persona: Que caza, pesca o hace leña en finca ajena, a hurto de su dueño. U. t. c. s.» (DLE, 2.^a acep.). Pero a esta acepción dada por el diccionario académico debemos añadir que el *furtivo* es también «aquel que caza a escondidas, sin licencia, o lo hace en tiempo de veda».

Coto es el «terreno acotado» (DLE, s. v. *coto*¹, 1.^a acep.), pero cinegéticamente debemos precisar que «es aquel terreno susceptible de aprovechamiento cinegético, y que ha sido declarado como tal».

Tampoco el DLE recoge el valor venatorio de *lanchero*¹⁹: «Cazador furtivo que utiliza ciertas trampas, llamadas lanchas, para coger perdices».

Por último, ni el sustantivo *alarista* –«cazador furtivo que utiliza el alar»²⁰ para atrapar la caza–, ni el sintagma *perdiz de ladera* –«perdiz silvestre»–, ni la onomatopeya *co-re-ché* – «onomatopeya del canto de la perdiz»– son registrados en el DLE. Esta última se ha constituido en sustantivo –*coreché*– y así la estudian los vocabularios cinegéticos. Este canto es también conocido con los nombres *caraschachás*, *coleté* o *cuchichís*²¹.

En cuanto a los términos *rastrojo* y *páramo* –relacionados con el paisaje por el que se producen las caminatas de nuestros protagonistas–, he querido señalarlos en un lugar aparte, pues, aunque el DLE los estudia como voces del español estándar, son términos propios de la variante castellanoleonesa. El *Diccionario del castellano tradicional* de César Hernández Alonso estudia ambas y señala que el *rastrojo* es «la caña de los cereales que queda en la tierra después de la siega y antes de ser arada de nuevo» y también «el terreno segado que todavía no ha sido labrado». Recibe también los nombres de *restrojina* y *rastrojera* (Hernández Alonso 2001: 109); y el *páramo* hace referencia a «las tierras altas, rasas, pedregosas, desabrigadas,

¹⁸ Sirva como ejemplo el siguiente fragmento: «No hay cazador que al salir al campo no piense en hacer una buena *percha*. Luego viene el tío Paco con la rebaja y un día tras otro, el cazador ha de regresar con las orejas gachas» (Delibes 1963: 21).

¹⁹ *Lancha*: «Armadijo compuesto de unos palillos y una piedra para coger perdices» (DLE, s.v. *lancha*², 5.^a acep.).

²⁰ *Alar*: «Percha de cerdas para cazar perdices. U. m. en pl.» (DLE, s. v. *alar*, 3.^a acep.).

²¹ Otra variante conocida es *dar de pie*, definida como uno de los tres cantos que hacen las perdices, especialmente cuando reciben el campo. Únicamente lo hacen los machos; sin embargo, hay hembras que emiten un sonido muy parecido al de *dar de pie*; a estas hembras se les llama *vicarias*.

de nula o mediocre calidad para el cultivo, y donde no se utiliza el regadío» (López Gutiérrez 2013: 168; Hernández Alonso 2001: 39).

El cazador y Juan Gualberto ven terminar su día de caza. La oscuridad se cierne sobre el campo y...

El Juan Gualberto se incorpora y se echa las manos a los riñones. Las tres perdices muertas se balancean en su cintura [...]. Sus setenta años le pesan en las paletillas. El crepúsculo es quedo y transparente. Abajo, en la nava, las chimeneas de las casitas de adobe alientan ya en torno al Castillo.

– Se nota el **relente**. Vamos bajando.

El Juan Gualberto y el Cazador toman un **camino de herradura**. La escaracha empieza a rebrillar en las **rodadas** [...] (Delibes 1963: 25).

Sus pasos se encaminan hacia el pueblo, y «cuando el Barbas calla, se sienten las pisadas sobre los **relejes** helados» (Delibes 1963: 31). La noche se ha echado del todo y toca despedir el día, no sin antes tener una palabra de esperanza contenida hacia el futuro: «– Déjese estar, Barbas, la perdiz es dura. / – ¡Coño, jefe, duro es el hierro y se mella!» (Delibes 1963: 31).

Y Juan Gualberto vuelve a preguntarse qué tendrá la caza que hasta provoca los celos de las mujeres, porque «bien pensado [...] ¿Quiere usted decirme, jefe, qué tienen las perdices que no tengan ellas?» (Delibes 1963: 33).

Terminamos nuestra andadura con el cazador y con Juan Gualberto sintiendo junto a ellos el *relente* de la noche, mientras paseamos por *caminos de herradura*, *rodadas* y *relejes*. Palabras que nos trasportan a las tierras castellanas. Todas ellas son estudiadas por el diccionario académico, aunque en ninguna existe una marca diatópica que las sitúa en Castilla. *Relente* es «el vientecillo fresco, suave y algo húmedo» que recibe también los nombres de *remusguillo* y *cencio* (Hernández Alonso 2001: 416). El *camino de herradura* es «el camino que es tan estrecho que solo pueden transitar por él caballerías, pero no carros» (DLE, s.v. *herradura*); las *rodadas* son «las señales que dejan impresas las ruedas de un vehículo en el suelo por donde pasa» y también recibe los nombres de *rodera*, *carril*, *rodadera*, *rodura*, y *rodeal* (Hernández Alonso 2001: 47); y el *releje* es «la senda que marcan los carros al pasar una y otra vez» (López Gutiérrez 2013: 190).

4. CONCLUSIONES

A lo largo de las páginas anteriores ha ido surgiendo un número representativo de voces –algo más de medio centenar– que nos han transportado al mundo venatorio de Miguel Delibes y a los campos de Castilla.

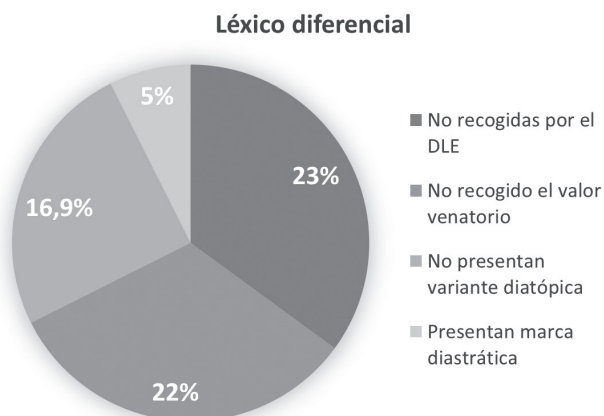
Todas ellas constituyen una pequeña muestra de la lengua sectorial de la caza, pero quiero llamar la atención sobre aquellas que forman parte de lo que Alvar Ezquerra denominó *léxico diferencial*, es decir, aquel que no se encuentra recogido en los diccionarios académicos, que tiene en la variante castellanoleonesa diferencias de forma o significado respecto a las variantes del español estándar, o que figura en los repertorios léxicos de la RAE con idéntica forma y sentido, pero con alguna marca diatópica o diastrática.

Del total de las voces estudiadas (59) un 23,7% nunca han tenido entrada en ningún diccionario usual o manual de la Real Academia Española: *alarista*, *cazar a rabo*, *cazar al aguardo* (*aguadar*), *coreché* (con las variantes *caraschachás*, *coleté*, *cuchichís*), *cuerno de avisos*, *echar un cacho*, *marrotar*, *patirroja*, *perdicero*, (con la variante *cuclillero*), *perdiguero de Burgos*, *escopeta repetidora*, *perdiz andina*, *perdiz nórdica*, y *perdiz roja*.

El DLE no contempla el valor venatorio de trece palabras (22%): *arrancarse*, *asomada*, *bajar*, *banderola*, *coto*, *furtivo*, *ganchito*, *lanchero*, *levantar*, *pantalla*, *percha*, *picarse*, y *viento*. Y en diez más (16,9%) no se tiene en cuenta el significado específico –propio de la variante castellanoleonesa– que las palabras presentan. Este valor, aunque no difiere notablemente del significado académico, sí restringe o amplía el sentido dado por dicha institución. Es el caso de voces como *abrigada* (con las variantes *abrigaño*, *carasol*, *caralsol*), *camino de herradura*, *carrasca*, *escoba*, *páramo*, *rastrojo* (con las variantes *restrojina*, *rastrojera*), *releje*, *relente* (también llamado *remusquillo*, *cencio*), *rodada* (también *rodera*, *rodadera*, *rodura*, *rodal*), y *teso* (con las variantes *cotarro* y *cotarra*).

Por último, debemos señalar que solo las palabras *muestra*, *cobrar* y *retranca* llevan, junto a su significado, la marca *Cinég.* («cinégetico»), para indicar que pertenecen a una lengua de grupo; el resto de las voces estudiadas no llevan ninguna marca diatópica ni diastrática²².

²² Alvar Ezquerra señalaba que, a pesar de la riqueza que poseen los atlas lingüísticos y muchas monografías dialectales, rara vez se ha acudido a ellos para recabar informaciones. Por otro lado, el autor insistía en que el castellano central ha sido una de las variantes menos estudiadas, «por considerarse que el vocabulario castellano ha de ser el español, confundiendo lo que es lengua y lo que es dialecto» (Alvar Ezquerra 1996: 105).



Nuestra jornada venatoria con D. Miguel llega a su fin.

Hemos caminado con el Cazador, y con el Barbas y –de su mano– hemos disfrutado con la riqueza léxica de nuestra lengua. Hemos aprendido que solo conociendo el nombre exacto de las cosas, las palabras nos harán sentir que estrenamos la realidad que significan (Jiménez Lozano 1993: 23).

La noche se ha echado encima y toca despedirse...

El Juan Gualberto empuja la media hoja de la puerta y ya en el oscuro zaguán se toca con un dedo el vuelo de la boina y dice formulariamente:

– Con Dios²³ (Delibes 1963: 34).

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO DE LOS RÍOS, César (1971): *Conversaciones con Miguel Delibes*. Madrid: Magisterio Español.
- ALVAR, Manuel (1983): «Lengua y habla en las novelas de Miguel Delibes», *Bulletin Hispanique*, 85, 3-4, pp. 299-323.
- (1987): *El mundo novelesco de Miguel Delibes*. Madrid: Gredos.
- (1999): *Atlas Lingüístico de Castilla y León* (3 vols.). Valladolid: Consejería de Educación y Cultura/Junta de Castilla y León.
- ALVAR EZQUERRA, Manuel (1996-1997): «Lexicografía dialectal», *ELUA*, 11, pp. 79-108.
- (2000): *Tesoro léxico de las hablas andaluzas*. Madrid: Arco/Libros.

²³ Palabras con las que Miguel Delibes cierra su obra *La caza de la perdiz roja*.

- APARICIO NEVADO, Felipe (2010): «El morral literario de Miguel Delibes: ¿origen de relatos o relato de los orígenes?», en María del Pilar Celma y J. R. González (eds.), *Cruzando fronteras: Miguel Delibes entre lo local y lo universal*. Valladolid: Universidad de Valladolid/Cátedra Miguel Delibes, pp. 243-251.
- BUCKLEY, Ramón (2012): *Miguel Delibes, una conciencia para el nuevo siglo*. Barcelona: Destino.
- CABRÉ, M.^a Teresa (1999): *La terminología. Representación y comunicación*. Barcelona: Institut Universitari de Lingüística Aplicada/Universitat Pompeu Fabra.
- CORTAY, Georges y DESCHRYVER, Claude (2003): *Enciclopedia de la caza*. Madrid: Susaeta.
- DELIBES, Miguel (1963): *La caza de la perdiz roja*. Barcelona: Lumen.
- (2007): *Obras completas I. El novelista, I (1948-1954)*. Barcelona: Destino.
- (2008): *Obras completas II. El novelista, I (1955-1962)*. Barcelona: Destino.
- DIEGO, Gerardo (1969): «Don Ramón y las palabras», *La Estafeta Literaria*, 409 (1 de diciembre), p. 40.
- DOMÍNGUEZ GARCÍA, Noemí (2013): «El discurso literario de Miguel Delibes: análisis lingüístico», en Pilar Celma Valero y M.^a José Rodríguez Sánchez de León (eds.), *Miguel Delibes: nuevas lecturas críticas de su obra*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 97-114.
- FERNÁNDEZ CAÑETE, José (1979): *Guía de la caza menor*. Madrid: Ministerio de Comercio y Turismo.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, Pilar (1988): *El léxico venatorio en la obra de Miguel Delibes*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Tesis doctoral.
- (2016): *Terminología cinegética en la narrativa de Miguel Delibes: su reflejo en las distintas ediciones del DRAE*. A Coruña: Universidade da Coruña (Anexos de Revista de Lexicografía, 38).
- (2017): «Por los caminos venatorios de Miguel Delibes: palabras para un paisaje», *Lengua y Habla*, 21, pp. 175-201.
- GARCÍA DOMÍNGUEZ, Ramón (1985): *Miguel Delibes: un hombre, un paisaje, una pasión*. Barcelona: Destino.
- (1993): *Miguel Delibes. Un cazador que escribe*. Alcalá de Henares/Madrid: Universidad de Alcalá de Henares/Fondo de Cultura Económica de España.
- GRIJELMO, Álex (2002): *La seducción de las palabras*. Madrid: Taurus.
- HERNÁNDEZ ALONSO, César (2001): *Diccionario del castellano tradicional*. Valladolid: Ámbito.
- HUERTA Y RAMÍREZ, Fernando (1967): *Enciclopedia de la caza* (2 vols.). Barcelona: Argós Vergara.
- JIMÉNEZ LOZANO, José (1993): «Lectura privada de Miguel Delibes», en *El autor y su obra: Miguel Delibes. Actas de El Escorial*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, pp. 19-29.
- LÓPEZ GUTIÉRREZ, Luciano (2013): *En torno a las palabras de Delibes*. Valladolid: Castilla Ediciones.
- MUÑOZ ROJAS, José Antonio (2007): *Las cosas del campo*. Valencia: Pre-Textos.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2014): *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Espasa.

- *Diccionario histórico de la lengua española 1960-1996*. <<http://web.frl.es/DH.html>> [consultado: mayo de 2022].
- *Diccionario histórico de la lengua española 1933-1936*. <<http://web.frl.es/DH1936.html>> [consultado: mayo de 2022].
- *Fichero general de la lengua española*. <<http://web.frl.es/fichero.html>> [consultado: octubre de 2022].
- *Nuevo tesoro lexicográfico de la lengua española* (RAE.NTLLE). <<http://buscon.rae.es/ntlle/SrvltGUILoginNtle>> [consultado: octubre de 2022].
- SANTANDER, Pedro (2011): «Por qué y cómo hacer análisis de discurso», *Cinta de Moebio: Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, 41, pp. 207-224.
- TORRENTE BALLESTER, Gonzalo (1986): «El nombre de las cosas», *Diario 16* (21 de septiembre).
- URDIALES YUSTE, Jorge (2012): *Diccionario del castellano rural en la narrativa de Miguel Delibes*. Madrid: Cinca.
- VAL, Tomás (2007): «Miguel Delibes», *Mercurio*, 94, pp. 18-20.